

DIALOGO NOCTURNO

Edith Stein

La Madre:

(De noche, en su celda; se ha dormido mientras escribía. Se despierta sobresaltada)

Se cae la pluma de la mano cansada.

¡Pensaba hacer hoy tantas cosas...!

Pero ya es casi media noche y la naturaleza exige sus derechos y no admite restricciones.

Trataré de acabar una carta.

(Escribe un poco; la cabeza se le cae nuevamente sobre la mesa. Toca dos veces al timbre. Se despierta).

¿El torno a media noche?

(Llaman a la puerta)

Ahora llaman a la puerta. ¡Se abre!

¡Oh Dios mío! ¡Socorro!

(Una figura femenina entra vestida de peregrina y dice:)

¡La paz sea contigo!

¡No temas! La “nocturna” que se te acerca viene a suplicarte, y no tiene más arma que estas manos alzadas.

La Madre:

¡Habla entonces!

Con gusto haré lo que pidas si está en mis manos. El miedo ha desaparecido. Tu palabra es humilde, tu mirada llena de paz, como si viniese de la lejana Eternidad, y nostalgia celestial despierta en mi corazón. Pero ven aquí y descansa, que largo camino has recorrido.

(La invita a sentarse)

La extranjera:

¡Gracias por tu bondad! Sí, vengo de lejos, de tierra en tierra, de puerta en puerta. En busca de refugio he ido.

La Madre: *(habla para sí)*

¿En busca de refugio? ¡Cómo me conmueve esta palabra!
Me hace recordar a la Purísima, a la Inmaculada, que un día, en este tiempo, buscaba refugio.

(Se arrodilla)

Dime, ¿no serás tú la Virgen María y Madre?

La extranjera:

No, no soy yo, pero la conozco muy bien, y mi dicha está en servirla.

Yo soy de su pueblo, de su sangre, y un día arriesgué mi vida por este pueblo.

Pensarás en ella cuando oigas mi nombre.

Mi vida es imagen de la suya.

La Madre:

¡Jeroglífico difícil de resolver!

¿Cómo puedo entenderlo?

¿Eres tú una de esas mujeres que llamamos Modelo?

¿Tu arriesgaste la vida por tu pueblo?

¿Y no tenías más armas que unas manos suplicantes?

Entonces tienes que ser Ester, la reina.

Ester:

Así me han llamado. Y tú conoces mi historia.

La Madre:

Tanto cuanto se dice en la Escritura.

Siempre me ha conmovido: una tierna niña que perdió padre y madre.

Ester:

Mi buen tío fue para mí padre y madre.

Pero sobre todo porque me condujo al verdadero Padre, el Padre de todos, que está en el Cielo.

El corazón del tío ardía apasionadamente en el celo por Dios y por su pueblo.

Para ellos me educó. Y aunque crecí lejos de la patria, vivía protegida como en el silencio del santuario de Dios. Los sagrados libros de mi pueblo leí; un pueblo que en el exilio era esclavo, y que ardientemente suplicaba la venida del Salvador.

La Madre:

¡Igual que Nuestra Señora! Y como a ella un destino imprevisto te alcanzó.

Ester:

Los mensajeros del rey recorrían las tierras en busca de la más hermosa esposa para el rey.

Yo fui conducida a la corte, y no imaginaba que, justo en mí, el rey fuera a fijar su mirada.

La Madre:

Cuando esto leí en el Libro de los libros, se me hizo como un nudo en el corazón, viendo tu alma sufrir en su interior deshaciéndose en lágrimas.

Ester:

Ciertamente fue difícil.

Pero era la voluntad de Dios, y así permanecí en la corte como la sierva del Señor.

Mi fiel tío me siguió.

Venía a menudo a la puerta del palacio y me traía noticias de las necesidades y peligros de nuestro pueblo.

Así llegó el día en que tuve que acercarme al rey para suplicar su protección ante el enemigo.

Para mí se decidía la vida o la muerte.

Me apoyé en los hombros de mis siervas.

Ya no temía la ira de mi esposo.

Con gran delicadeza dirigió sus ojos hacia mí.

Lleno de benevolencia me señaló con el cetro.
Entonces mi espíritu se extasió más allá del espacio y del tiempo.
Más allá de las nubes había otro trono, donde mora el Señor de los señores, ante el cual todo reino de la tierra es vanidad.
Él mismo, el Eterno, se inclinó ante mí y me prometió la salvación de mi pueblo.
Caí como muerta ante el trono del Altísimo.
En los brazos de mi esposo me reencontré. Me habló amorosamente y me prometió cumplir mis deseos, fuese lo que fuese.
Así libró el Altísimo a su pueblo de las manos de Amán, por medio de Ester, su sierva.

La Madre:

Hoy un nuevo Amán¹ ha jurado con odio amargo la ruina del mismo pueblo.
¿Es, quizás, por eso que Ester ha regresado?

Ester:

Tú lo has dicho.
Sí, voy vagando por el mundo, implorando refugio para los que no tienen patria, para el pueblo expulsado y pisoteado, que no debe morir.

La Madre:

¡Qué curioso!
Entonces, ¿no has muerto como mueren todos los hombres?
¿Igual que Elías fuiste raptada?,
-y como se dice de él-, vagas como peregrina?

Ester:

Morí como todo hombre, y fui enterrada con real esplendor; pero mi alma fue acompañada por su ángel protector hasta el lugar de la Paz, donde encontró su dicha en el seno de Abraham, junto a sus Padres.

La Madre:

¿En el seno de Abraham, como Lázaro?

¹ Edith Stein se está refiriendo a Hitler y su persecución contra los judíos.

Ester:

Como todos los que fielmente sirven al Señor.
Allí descansábamos en paz,
aunque lejos de la luz y por eso ansiosos de ella.
Pero llegó el día en que se resquebrajó
la creación entera. Todos los elementos
tambalearon ante una situación de rebeldía.
La noche cubrió el mundo en pleno día.
Y en medio de la noche, como iluminada por un rayo de luz,
apareció sobre un monte pelado una cruz,
y en la cruz colgaba uno que sangraba por mil heridas;
a nosotros nos entró sed
de la salvación que de estas llagas manaba.
La cruz desapareció en la noche, pero nuestra noche
fue improvisadamente iluminada por una nueva luz,
una luz que con nada se puede comparar: dulce y feliz.
Provenía de las llagas de aquel hombre
apenas recién muerto sobre la cruz;
de repente apareció en medio de nosotros.
Él era la misma luz,
la luz eterna, esperada desde antiguo,
resplandor del padre y salvación de su pueblo.
Abrió sus brazos y nos habló con una voz celestial:
“Venid a mí todos los que fielmente servisteis al Padre y
vivisteis con la esperanza en el Salvador;
mirad, él está con vosotros,
os conduce al Reino de su Padre”.
Lo que entonces ocurrió, no hay palabras que lo describan.
Todos nosotros, que esperábamos la bienaventuranza,
habíamos alcanzado la meta en el Corazón de Jesús.

La Madre:

¡No sigas!, si no quieres romper mi corazón
con ansias de tan grande felicidad.
O mejor, sigue hablando de la Patria.

Ester:

En el espejo de la eterna claridad contemplaba

lo que ocurría aquí en la Tierra.

Vi a la Iglesia nacer de mi pueblo; de su corazón un tierno retoño florecía del vástago de David: La Inmaculada.

Vi cómo del Corazón de Jesús fluía la plenitud de la gracia al corazón de la Virgen, y de allí, a todos los miembros, como corrientes de agua viva.

Y llegó el día en que la Bienaventurada fue llevada por los coros angélicos hasta el trono del Altísimo.

Su cabeza estaba adornada con una corona de estrellas.

Sólo entonces, supe que desde la eternidad fui asociada a ella por la Sabiduría divina.

Mi vida sólo era un resplandor de la suya.

La Madre:

¿Y has abandonado la luz dichosa para caminar nuevamente por la Tierra?

Ester:

Ese es su deseo y también el mío.

La Iglesia ha florecido, pero gran parte del Pueblo está lejos del Señor, y de su Madre, como enemigo de la Cruz.

Sigue vagando y no encuentra paz;

Es objeto de escarnio y desprecio.

Así será hasta la última batalla.

Pero antes de que la Cruz aparezca en el cielo, antes de que Elías venga a reunir a los suyos, recorrerá las silenciosas tierras el Buen Pastor.

Y en los abismos, recogerá un corderito y lo abrazará junto a su corazón.

Y otros muchos lo seguirán.

Allí arriba, ante el trono de la gracia,

no deja de interceder la madre por su pueblo.

Ella busca almas que la ayuden a orar.

Porque sólo, cuando Israel haya encontrado al Señor, sólo entonces, cuando sea acogido por los suyos, vendrá en el esplendor de su Gloria.

Y esta segunda venida tiene que ser pedida con solicitud.

La Madre:

Ahora entiendo. Como una vez tu misión consistió en preparar el camino, ahora vienes para abrir el camino del Reino.

¿Comprendo ahora tu mensaje?

La Reina del Carmelo te envía.

¿Dónde podría encontrar corazones dispuestos, si no en su silencioso santuario?

A su pueblo, que es el tuyo, -tu Israel-,

yo le ofrezco refugio en mi corazón, orando y sacrificándome en lo escondido para llevarlo al Corazón del Salvador.

Ester:

Puesto que has comprendido, ya puedo marcharme.

Estoy segura de que no te olvidarás del huésped que a ti vino a medianoche.

Nos veremos nuevamente en el gran día,

cuando sobre la cabeza de la reina del Carmelo

brille una corona de estrellas,

porque las doce tribus han encontrado a su Señor.

¡A Dios!